

ciones de una semana después del golpe militar, dijeron que habían enviado a Brasil, Bolivia y Paraguay oficiales del Ejército y la Marina de Chile para «poner en antecedentes» a esos Gobiernos del levantamiento militar que tendría lugar el 11 de septiembre. Así, los brasileños, bolivianos y paraguayos, un día después de dar el golpe, comenzaron a enviar expertos de Inteligencia de sus respectivos Ejércitos para «colaborar» en la identificación, apresamiento y torturas de ciudadanos brasileños, bolivianos, paraguayos y uruguayos que habían buscado asilo político en Chile durante los años anteriores.

Un caso que ahorra todo comentario es el del sociólogo y profesor universitario brasileño Theotonio Dos Santos, refugiado en Chile desde hacía siete años. Dos Santos se asiló en la embajada de Panamá después del 11 de septiembre, y fue mantenido cinco meses allí sin que se le otorgara el salvoconducto. En Washington, cuando una delegación de la Hostos Community de la Universidad de Nueva York preguntó en la embajada chilena en la capital yanqui por qué no se le concedía salvoconducto a Dos Santos, la secretaria de prensa de esa embajada, periodista Carmen Puelma, respondió que «Dos Santos no tiene ningún problema pendiente en Chile, lo que pasa es que el Gobierno brasileño nos ha pedido que lo retengamos». Estas declaraciones fueron publicadas en el diario «The New York Times» del 24 de noviembre de 1973.

Los «asesores» brasileños fueron los que introdujeron la técnica de ablandamiento moral del fusilamiento «simulado», que consiste en llevar a los prisioneros al campo de matanza, someterlos a la ceremonia del fusilamiento, en grupo, y matar sólo a uno de cada cinco o a uno de cada tres de los prisioneros en fila. Esta técnica fue utilizada profusamente en los primeros dos meses después del 11 de septiembre. Ahora se utiliza en los diferentes campos de concentración como Chacabuco, en Antofagasta; Pisagua, cerca de Iquique; Isla Juan Fernández, a 360 millas de Valparaíso; Isla Quiriquina, frente a Talcahuano; Isla Dawson, en el canal de Beagle; Colliguay Alto, en Valparaíso; y campos de Peñalolén, en Santiago.

La corrupción

La ocupación militar de Chile por parte de las tropas comandadas por los oficiales que obedecieron las órdenes del Pentá-

gono el 11 de septiembre de 1973, ha desarrollado en las filas de la Fuerza Aérea, la Marina, el Ejército y Carabineros un nuevo estilo de corrupción, desconocido hasta ese día por los chilenos. Un resumen esquemático de este nuevo estilo de vida de los dueños de Chile, por el momento, es el siguiente:

Corrupción en Carabineros

1) Forman equipos de tres o cuatro funcionarios de civil, con armas que no son de reglamento, en las horas del toque de queda, para allanar domicilios y robarse especies de valor. Se las reparten según vaya robando cada uno, por turno. Primero, estudian el barrio, según soplos de empleados domésticos o fascistas civiles, después dan el golpe. A esto lo llaman «fona». Por ejemplo, los carabineros Daniel Vargas y Carlos Cáceres, de la 13 Comisaría en Santiago forman parte de uno de esos equipos.

2) Cuando están de guardia, por ejemplo en embajadas, se apropian de una libreta en blanco, y con ella en la mano hacen parar vehículos por supuestas infracciones del tránsito, y aceptan sobornos en dinero o especies. A esto lo llaman «hacerse un sobresueldo».

3) Cobran dinero a los familiares de los asilados en embajadas por darles permiso para hablar, a través de las verjas del antejardín, por uno o dos minutos. Las tarifas, en diciembre de 1973, iban de los 2.000 a los 15.000 escudos, según el aspecto del familiar.

4) Tratan de hacer pagar «protección» a ex funcionarios del Gobierno de la Unidad Popular que no han sido detenidos. Las tarifas, en enero de 1974, fluctuaban entre los 10.000 y 15.000 escudos mensuales.

5) Se sobrepasan con las esposas de los detenidos. Esto a nivel de oficiales, que les insinúan a las esposas que si se acuestan con ellos, podrán intervenir por el destino final de los presos. Estos casos suman miles en Santiago y son de diaria concurrencia.

6) A las sirvientas de las casas cercanas donde hacen guardia, las manosean y las obligan a acostarse con ellos en sus propias casas, bajo la amenaza de «si no, te llevamos presa por ser marxista».

Corrupción en las Fuerzas Armadas

1) Algunos jefes eligen a las destinadas mejor parecidas para violarlas personalmente, como «parte del interrogatorio». Lo mismo que los oficiales de Carabineros presionan moralmente a las esposas de los detenidos para que se dejen violar a cambio de «alivio» para los maridos presos. Cuando son jefes de servicios, solicitan los mismos favores de empleadas y secretarías para «no despedirlas por simpatizantes de los marxistas».

2) En los allanamientos manosean a las mujeres, incluso se ha hecho habitual que las obliguen a desnudarse, «por si ocultan armas», y permanecer así mientras hacen registros. Se beben los licores que hay en las casas. En un departamento céntrico de Santiago, una mujer sola sufrió el allanamiento de su habitación cinco veces en un mes y las cinco veces fue violada por el oficial de la patrulla.

3) Realizan allanamientos en dos etapas. En la primera visita buscando al «prófugo» y en la segunda para llevarse aparatos electrónicos o de uso doméstico, cuadros, antigüedades, etc. Y destrucción de libros.

4) Groseros en el lenguaje con las mujeres cuyas casas han sido allanadas varias veces y amenazadas de «si no nos das dólares te violamos entre todos».

A medida que ha ido pasando el tiempo y los militares han copado los puestos de responsabilidad de la Administración pública, esta corrupción ha tomado formas más refinadas, y así un gran porcentaje del dinero que circula en el país, de las cosas de valor y de las mujeres han pasado a formar parte del «botín de guerra» de estos mandos armados de la burguesía chilena, y del imperialismo norteamericano.

El comienzo

En realidad, es difícil establecer el punto exacto en que se inició esta especie de desenfreno mortal contra centenares de miles de chilenos (en los hechos más de un millón de adultos) cuyo gran pecado es ser partidarios de la izquierda. Puede haber algunos puntos de partida, como el de este cable del 29 de septiembre de 1972, procedente de Santiago de Chile, de la agencia española EFE:

«En medios eclesiásticos de Santiago se confirmó hoy la

muerte de un sacerdote español, Juan Alsina, durante los sucesos ocurridos a partir del movimiento militar que derrocó al desaparecido presidente Salvador Allende. Su cadáver apareció el pasado jueves en el río Mapocho, que cruza Santiago, con disparos en la espalda. Otro sacerdote español, Antonio Gidó, está siendo buscado por las Fuerzas Armadas y Carabineros de Quillota, bajo la acusación de estar vinculado a actividades extremistas».

O quizás, este otro cable, del 28 de septiembre, procedente de Montreal, de la Agence France Presse:

«Tres sacerdotes canadienses expulsados de Chile denunciaron hoy, a su llegada, la campaña de «asesinatos por millares» y «delación generalizada» que siguió al golpe militar del 11 de septiembre. El padre Jean Latulippe, quien colaboraba con un organismo de iniciativa popular, contó que según un testimonio del que no podía dudar, «los ocupantes de un camión militar registraron el 13 de septiembre a un peatón de unos 20 años y, al encontrar en su poder una navaja, un oficial desenfundó su pistola y lo mató en el acto. Arrojaron el cadáver al camión, y aconsejaron al testigo que se fuera cuanto antes. Es evidente que los soldados tenían la libertad de matar a quien les pareciera... Pero la represión de dirigentes de las organizaciones populares estaba perfectamente organizada».

Hay también otros casos, como los atestiguados por el parlamentario chileno Eduardo Contreras, en la provincia de Ñuble: «Carabineros de Ninhue tiraron el cuerpo agonizante del joven maestro Carlos Sepúlveda Palaviccino delante de su domicilio, y durante dos horas mantuvieron sin poder acercarse al cuerpo sangrante a su esposa. Cuando la agonía cesó, y el profesor Sepúlveda murió, se fueron y dejaron que la esposa, ahora viuda, se acercara».

O tal vez el caso del alcalde de Chillán, Ricardo Lagos, que fue asesinado en su propia casa por los soldados, junto con su esposa Sonia Ojeda, embarazada, y su hijo Carlos, de 20 años.

Pero hay algo más importante. Está la orden transmitida por el general Augusto Pinochet que, aunque incorporado tarde a la conspiración contra la democracia burguesa chilena, se destacó rápidamente como uno de sus más hábiles carniceros. Esa orden fue grabada en la mañana del 11 de septiembre por un radioaficionado, con la propia voz de Pinochet. Este es su texto:

«Aquí puesto uno... del general Pinochet... Que se prepare boletín... Que se establezca y se puntualice que por cada miem-

bro de las Fuerzas Armadas víctimas de atentados se fusilarán de inmediato a cinco de los prisioneros marxistas en poder de las Fuerzas Armadas...

»Repita la última parte, por favor...

»Repito... SE FUSILARÁN DE INMEDIATO A CINCO DE LOS PRISIONEROS MARXISTAS EN PODER DE LAS FUERZAS ARMADAS... Que se prepare un boletín conteniendo estas ideas...

»Perfectamente claro».

¿No le parece, al lector, que esto trae un recuerdo como de Lídice, como del ghetto de Varsovia? ¿Como del comportamiento de las tropas nazis en la Segunda Guerra Mundial, a el de las tropas norteamericanas en Vietnam?

Fue en Chile, el 11 de septiembre de 1973. Y hay más. Más de las inapreciables grabaciones de un radioaficionado patriota de las órdenes de los generales. Lean ésta, por favor. En ella, el general Pinochet pide «informes»:

«Agradeceré informe resultado.

»Informa Operación Reducción Población La Legua a las 10,14 horas de hoy. Señala que 300 carabineros, tres compañías de Ejército y cinco compañías de El Bosque forman cerco periférico a la población. Una vez aislado el objetivo se inicia operación ablandamiento con penetración de tanques, apoyo aéreo de los helicópteros, y aviones de caza si es necesario. Es requisito esencial aislar el objetivo. Para eso se necesita cooperación de Carabineros.

»Sí... Pero coordinación con Carabineros... También tiene que ver con Ejército... ¿Quién está a cargo de la operación?

»En la segunda División determinaron ellos que la hiciéramos nosotros por ser responsables de la zona... El comandante de los tanques, comandante Calderón está a cargo... El Ejército coordina... Hay que entregarle el objetivo a los tanques...

»Mire, quiero que me aclare qué significa exactamente el término reducción...

Dice reducción de la población... ¿Qué significa exactamente reducción?

»Significa que si hay necesidad, si la población se entrega, se termina la reducción, mi general...Hasta ayer había muchos grupos insurgentes ahí que estaban causando molestias, pero parece que ahora están en actitud defensiva...

»Reducción, entonces, es hacer entrada... Hay un punto fundamental, es importante... Al que se sorprenda con armas hay

que detenerlo y al que se resista hay que darlo de baja... ¿Así lo entienden ustedes?

»Sí, general... Los tanques ablandarán...

»Está claro... Muy bien».

El general Pinochet estaba claro: mil soldados, tanques, helicópteros artillados y aviones de caza contra una población de emergencia, de casas de latón, cartón y papel de diario; con no más de doce mil habitantes, contando los niños, las mujeres y los ancianos. Pero ésta era la medida inaugurada el 11 de septiembre: tanques contra hombres sin armas, niños descalzos... o tal vez hombres con armas cortas, muy pocas. Esa mañana, los mil soldados del general Pinochet asesinaron a más de doscientos hombres, mujeres y niños en la población La Legua, de Santiago de Chile.

Pero el infierno estaba siendo desatado por todas partes. Hay este otro comunicado grabado por un radioaficionado:

«Puesto tres o puesto uno... Puesto tres a puesto uno... Para el general Leigh de parte del general Pinochet: que el ataque aéreo al Banco del Estado y al Ministerio de Obras Públicas, si puede llevarse a cabo cuanto antes. Que estos ataques se hagan sobre los techos de esos edificios. Que se hagan lo antes posible y que dé la hora en que se van a realizar, para coordinarlo con la acción terrestre...

»Puesto tres a puesto dos... El general Leigh al teléfono... Que haga los ataques aéreos lo antes posible...

»Entendido... Un momentito por favor... Puesto dos informa a general Pinochet: helicóptero artillado hará fuego sobre los techos del Banco del Estado y Ministerio de Obras Públicas dentro de quince a veinte minutos...

»Entendido... Que el ataque aéreo se haga sólo sobre los techos de los edificios...»

Ésta era otra gran batalla del general Pinochet contra la democracia chilena. Tanques, carros blindados, cañones y quinientos hombres contra una cuarentena de civiles en el Palacio de La Moneda y una veintena de otros civiles en los edificios de Obras Públicas y Banco del Estado, a pocos metros de La Moneda. Todos los civiles armados de armas cortas o semicortas. Y hubo que pedir apoyo aéreo para tamaña batalla, cerca del lugar donde Salvador Allende vivía las últimas horas de su vida, batallando contra el destino que le habían fijado los generales: asesinarlo.

Mientras tanto, en la cordillera, en la Escuela de Alta Mon-

taña, la esposa del general Pinochet pasaba un día de «cordillera» esquiando, con su hijo de 16 años y su hija de 14. Los había enviado allá el general Pinochet. En la tarde, a las siete, ella llamó por teléfono al general, y éste le contestó: «Está todo tranquilo». Ya había asesinado al presidente Allende, destruida La Moneda y una alfombra de miles de muertos civiles cubría la «tranquilidad» de la tierra chilena, de norte a sur, de este a oeste.

Pero la desesperación hace milagros, y grupos de obreros, empleados, estudiantes y hasta mujeres que dejaron las ollas del almuerzo para combatir, trataban, ese día 11, de oponerse a la invasión militar del país por las tropas manejadas desde Washington a través de los generales y almirantes insurrectos.

Las comunicaciones se sucedían así:

«Correcto, puesto cinco... Avenida Las Acacias 1.000... Allí se está entregando armas... Hay una reunión de gran cantidad de personas a las que se les está entregando armas...

»Comprendido, puesto dos...

»Adelante, puesto dos... Por favor, informen qué medidas se están tomando respecto a la situación en el paradero seis de Santa Rosa... Allí fuerzas terrestres de la Fuerza Aérea y Carabineros están siendo copadas por gran número de personas armadas...

»Puesto tres a puesto uno... Por favor, informe...

»Puesto cinco... Aquí puesto tres... Mi general necesita el informe...

»Aquí puesto cinco para puesto tres... Lo que usted pidió del paradero seis de Santa Rosa... el comando informa que partieron tanques para allá y refuerzos de la Escuela de Infantería...

»Comprendido...

»Del puesto cinco al puesto uno... De acá al comando de tropas... Informe... Hay una radio clandestina que está transmitiendo en 29 megaciclos... Segundo, noveno... 29 megaciclos...

»Comprendido...

»Informe a puesto tres estamos pendientes de la concurrencia de apoyo...»

«Mire, Nicanor... “beta uno” El Bosque consulta necesidad de repetir bando de toque de queda para el día de hoy porque

hay una concurrencia muy grande de gente en las calles... "Beta uno" cree que hay que repetirlo cada diez o quince minutos...

»Okey... Se repetirá el bando...»

«Aquí general Benavides... El centro de Perfeccionamiento de Carabineros en Macul está siendo atacado... He solicitado apoyo aéreo. En Los Jazmines hay tiroteo. En esa población se informa que hay sólo un oficial y dos conscriptos...»

«Se necesita urgente información sobre intimidación de grupos de izquierda en gran cantidad en Villa Las Acacias de Maipú... Esto queda al fondo de Villa Schneider... ¿Copió?»

»No copié...

»Repito... Fuerzas de izquierda están intimidando pobladores de la Villa Las Acacias en Maipú... ¿Recibió?»

»Positivo...»

«No se acepta publicación de prensa de ninguna especie. Y si sale alguna, esto motivará la destrucción del lugar donde fue publicada...

»Sí...

»Repito la primera parte: de la Junta Militar de Gobierno a los comandantes de guarnición y unidades independientes: a partir de este momento se procede a arrestar a cualquier dirigente político o gremial o persona que no obedezca las órdenes y los bandos. Estas personas serán sometidas a proceso, y si se las sorprende con armas y/o explosivos, a los tribunales en tiempo de guerra...

»Entendido...»

Sí, realmente era un «entendido» para todo el pueblo de Chile. Destruída la libertad de prensa, de asociación, de opinión, de vivir... Todos los derechos bajo las botas o las orugas de los tanques militares, después de una débil defensa de menos de tres días por parte de un pueblo sorprendido, atacado por la espalda, engañado y sin preparación para sostener una guerra con los representantes armados del gran capital monopólico de Estados Unidos y Chile.

Tan atacado por la espalda como el propio presidente Allende, que todavía en la mañana del 11 de septiembre, mientras estaba cercado, creía en la lealtad de Pinochet y Herman Brady

Un colaborador de Allende, que estaba trabajando con él la noche del 10 de septiembre, cuando preparaba su rendición frente a las exigencias de la oposición civil, cuenta la dramática ignorancia del Presidente acerca del verdadero papel que estaban jugando sus generales. Copiamos del relato recopilado por la agencia española EFE, el 18 de septiembre:

«En el transcurso de la reunión de trabajo el Presidente fue informado por teléfono del desplazamiento de camiones con tropas de San Felipe (a 100 kilómetros de la capital) en dirección a Santiago. El ministro de Defensa se puso en comunicación telefónica con el general Herman Brady, jefe de la guarnición militar de Santiago y comandante en jefe de la Segunda División del Ejército. Este último le indicó a Letelier que no tenía ninguna noticia, pero que iba a informarse y que lo llamaría de nuevo en 15 ó 20 minutos.

»A las 00.30 horas del martes 11, el ministro repitió su llamada al general Brady y éste le indicó que se había puesto en contacto con San Felipe y que allí “todo se encontraba normal”.

»Poco antes de las 07.00 horas el presidente Allende fue despertado con la información de que los oficiales de algunas naves de la Marina se habían sublevado. En particular, el crucero Almirante Latorre y el submarino Simpson. (La verdad era que hacía NUEVE HORAS se había iniciado la invasión de Valparaíso por la Marina, el puerto estaba ocupado, y ya los torturadores y fusileros estaban trabajando duro, en TODAS las provincias de Chile. Y en Santiago, los cordones industriales de Vicuña Mackenna y Los Cerrillos habían sido ocupados por tropas, había tiroteos esporádicos, y la parte oriente de Santiago estaba bajo la ocupación de las tropas del general César Raúl Benavides Escobar.)

»A las 07.00 Allende llamó por teléfono a los comandantes en jefe y ninguno le contestó.

»A las 07.10 conversó Allende telefónicamente con el general Brady y le dijo que tomara las medidas del caso y “que si no iba a tomarlas que se lo dijera directamente”. (A esa hora, Brady estaba en conferencia con los generales Sergio Arellano Stark, jefe de las fuerzas de ocupación de la ciudad de Santiago; con el general Ernesto Baeza Michelsen, jefe de las fuerzas de ocupación del centro de Santiago; y con el general Javier Palacios Ruhman, jefe de las fuerzas de ocupación y destrucción de La Moneda.)

»A las 07.30 el presidente Allende llegaba al Palacio de La Mo-

neda. A las 7.45 se puso en contacto telefónico con Luis Figueroa (comunista), presidente de la Central Única de Trabajadores. A las 7.55 grabó su primer mensaje al país transmitido por Radio Corporación (socialista). A las 8.00 llamó telefónicamente a Rolando Calderón (socialista), secretario general de la CUT. Hasta ese momento había reiterado sus intentos de comunicarse con los comandantes en jefe, sin éxito. Manifestó que temía que estuvieran comprometidos. Indicó igualmente que el general Orlando Ubina (Inspector General del Ejército) no estaba en su casa y tampoco lo estaba el Almirante Montero.

»A las 8.20 el edecán aéreo del Presidente, comandante Roberto Sánchez, llamó por teléfono en el momento en que el doctor Allende estaba grabando la segunda alocución radiofónica. El comandante Sánchez le indicó que se encontraba en el Grupo Siete de la Fuerza Aérea (en Santiago) donde había ido a informarse y que el general Gabriel Van Schowen (Jefe del Estado Mayor del Aire) le había manifestado que tenía dispuesto un avión para el presidente Allende. La respuesta a este mensaje fue la siguiente: «Dígale al general Van Schowen que el Presidente de Chile no arranca (no huye) en un avión, y que sepa cumplir con su deber de soldado.

»A las 8.30 se escuchó por la radio en La Moneda la primera proclama de la Junta Militar».

El infierno se había desatado finalmente sobre Chile. Toda la inmensa maquinaria de guerra alimentada por el Pentágono había comenzado a marchar por los caminos de Chile, para dejar un rastro de dolor, miseria, muerte y patentizar la baja moral de los oficiales chilenos. Las radioemisoras del Gobierno fueron bombardeadas. Las fábricas fueron ametralladas. Las poblaciones perforadas con tanques. La gran mentira militar cubriendo el país.

A las 7.40 de esa mañana, una mujer sola, la esposa de Allende, también comenzó a vivir su pesadilla. Cuenta:

«...el martes a las 7.40 recibí un llamado telefónico que me despertó. Era Salvador que me dijo: "Te hablo desde La Moneda. La situación se ha tornado grave. Se sublevó la Marina. Yo voy a quedarme aquí. Tú permanece en Tomás Moro". Prácticamente me prohibió salir de la residencia. Estuve pendiente de la radio. Escuché su último mensaje al pueblo de Chile. A las doce ya no me respondió el teléfono de La Moneda. Cerca de las 11.30 horas apareció sobre la residencia un helicóptero de reconocimiento. Para ese entonces no sabía yo que los Carabi-

neros nos habían abandonado. Fue entonces cuando se iniciaron los bombardeos aéreos. Llegaban los aviones, descargaban sus cohetes y volvían. Entre cada uno de los ataques se desataba un tiroteo de locura. La residencia se convirtió en una masa de humo, de olor a pólvora y destrucción. Las últimas llamadas al Palacio de La Moneda las hice en el suelo, a veces de rodillas y a veces acostada. Cuando estaba en esas condiciones me fue a buscar Carlos Tello, mi chófer, que había logrado llevar el automóvil hasta el patio posterior de la casa. Salimos por el colegio de las monjas que queda atrás de la casa. Decidí irme a la casa de Felipe Herrera, por fortuna no nos había seguido nadie. Allí permanecí todo el día. No pude salir porque se había establecido el estado de sitio y el toque de queda. Estuve allí sin saber de mi marido y de mis hijos».

El resto de la historia es conocida por todos los pueblos del mundo. Pero hay, tal vez, un detalle que no lo es tanto. Cuando los aviones Hawker Hunter de la Fuerza Aérea chilena comenzaron a bombardear la casa de Tomás Moro para «reducir» a la esposa de Salvador Allende, el primer avión atacante cometió un error muy serio. Confundió el blanco. En vez de dejar caer sus primeros cuatro cohetes sobre Tomás Moro, los dejó caer sobre el Hospital de la Fuerza Aérea de Chile, a unas veinte cuadras del objetivo. «Me confundió el brillo de las ventanas», confesó más tarde el piloto a sus compañeros. Pero sus cohetes impactaron en un ala del Hospital de la Fuerza Aérea: uno en el subterráneo-lavandería, otro en el tercer piso, un tercero en la terraza y el cuarto en el jardín. Una enfermera resultó con ambas piernas fracturadas.

Esa noche, el general Leigh declaró por televisión a todo el país que «los marxistas son malvados... No han vacilado en atacar un hospital... El hospital de la Fuerza Aérea en Las Condes». Y enseguida declaró solemnemente que ahora brillaba el sol para los chilenos, porque serían gobernados por personas honestas, porque «los militares no mentimos jamás».

La casa de Tomás Moro, residencia de los presidentes de Chile, ya había sufrido los primeros efectos del Gobierno de estas personas honestas. Después de ser bombardeada, fue dejada abierta para el saqueo de turbas de la clase alta, que se vengaron de Allende robándole sus pertenencias. Esos ladrones lo eran dos veces, porque pertenecían a las clases más adineradas de Chile.

Pero no sólo el general Gustavo Leigh era un militar «que no